# Revistas culturales de dos décadas (1970-1990) 

Pero, ¿falta acaso ilustración, faltan ideas en nuestra patria? No, señores, sobreabundan.
Esteban Echeverría

Ldas revistas culturales ocupan un lugar particularmente significativo y problemático en la vida intelectual de un período; en torno de ellas se juega un rico movimiento que hace a la producción, distribución y confrontación de ideas. Si se trata de un lugar especialmente problemático es porque se toca, en un punto, con la cuestión de la divulgación y con el debate que alrededor de este tema se advierte en nuestro tiempo. Por lo pronto, una pregunta para empezar: ¿hay un solo tipo de revista cultural? ¿Puede reunirse bajo el mismo rótulo una publicación dirigida por y hacia alumnos avanzados y docentes universitarios, y otra que se orienta a las zonas más «bastardas» de los productos de la industria cultural? La respuesta es, por supuesto, no. Sobre las revistas culturales opera también un fenómeno de estratificación que se decide en términos de intereses ideológicos, adscripciones institucionales, tipo de público y de discurso; en fin, por su posicionamiento global frente al tan amplio como difuso mercado.

Este artículo, entonces, parte de una simplificación -evidente ya en su titulo- que, como compensación, intenta privilegiar un análisis panorámico que agregue a su componente descriptivo el señalamiento sobre la dinámica cultural específica que el fenómeno supone.

Estudiar las dos últimas décadas de revistas culturales en la Argentina significa atender principalmente a los vínculos de atracción y rechazo que éstas generaron con otras instituciones; advertir, por ejemplo, tanto el modo en que anticiparon teorías, obras, autores y debates que luego pasaron a integrar los planes de estudio de la universidad como también la manera descuidada en que se hicieron eco con retraso de temas y tópicos ya transitados en ese ámbito. Significa también entenderlas como una especie de
formación intelectual e, inclusive, de adiestramiento laboral -lo que obliga a tener en cuenta todo aquello relativo a las muy duras condiciones de existencia que este tipo de publicaciones conlleva en el país-; y si, por un lado, pesa sobre ellas la (sana) sospecha de los compromisos que devienen de su ligazón inmediata con el mercado, por el otro lado, las revistas culturales parecen mostrarse como un territorio privilegiado de intercambio y polémicas ideológico-culturales, cuya ausencia es particularmente notable en otros espacios'.
El recorrido que, a partir de los ejes señalados este trabajo se propone, registra los años de la dictadura militar (1976-1983) como un lapso «anómalo» que obliga a reconsiderar, en parte, la pertinencia de los señalamientos hasta ahora apuntados y sus consecuencias metodológicas.
Digamos, a manera de introducción, que la década del 50 conoció, más cualitativa que cuantitativamente, la aparición de una serie de revistas culturales (Contorno, Gaceta Literaria, Centro, Capricornio, publicaciones comunistas, etc. $)^{2}$ que podrían ser leídas desde el presente como un quiebre en la historia contemporánea de las revistas culturales en nuestro país. En ellas comienza a plantearse una reflexión, más o menos sistemática, sobre el papel social del intelectual, del escritor y del artista, los modos de su funcionamiento político, el lugar de las instituciones, de la tradición y de la novedad, una visión de la historia como dato insoslayable (se hundian definitivamente -al menos en sus expresiones más ingenuas- los presupuestos románticos y positivistas), un hurgar más crítico en los modelos "de la hora" que los paises imperialistas ofrecían.
Es el comienzo de una politización, entendida en su sentido general, que se irá acentuando y adquiriendo perfiles más definidos durante la siguiente década.
En los 60 se van a juntar la desilusión de la efímera esperanza que en los jóvenes -o no tanto- intelectuales habían despertado la Revolución Libertadora y la apuesta «modernizante» del desarrollismo, a los que ahora se sumaba un balance crítico de la década peronista, la atronadora irrupción de la Revolución Cubana y, centrada sobre lo estrictamente literario y cultural, la expansión editorial, de lectores y de mercado que generalmente se agrupa con el término «boom», más las prácticas culturales populares y contestatarias que reunían tanto al período de la resistencia peronista como los procesos revolucionarios del resto del continente.

La aún vigente concepción sartreana del «compromiso del intelectual» adquiría (y exigía) definiciones cada vez más políticas y empujaba hacia la toma de posiciones frente a eventos históricos y luchas sociales concretas.
Cómo procesar desde lo estrictamente cultural esa lucha social y política (la pregunta sobre el punto de confluencia entre vanguardia estética y vanguardia revolucionaria, en términos un tanto maniqueos) parece ser el inte-

- En io referente a la cuesuón metodologica de aproximación a las revistas culturales, cf. Jorge Rivera y Eduardo Romano, "Sobre maneras de leer y de pensar la prensa periódica, en idem (comps.) Claves del periodismo argentino actual, Buenos Aires, Tarso, 1987, págs. 11.44.
${ }^{2}$ Carlos Mangone y Jorge Warley, "La revista Contorno. La modernización de la critica Fiteraria", en Capítulo. La historia de la literatura argentina, 122, Buenos Aires, CEAL, 1981.
rrogante que las revistas más significativas del período (El Escarabajo de Oro, Hoy en la Cultura, Tarea, La Rosa Blindada, Che, Cristianismo y Revolución, yendo desde las más específicamente culturales hasta las más abiertamente políticas) ${ }^{3}$ compartían. En este contexto general habría que consignar también el impacto introducido por la "aparición» de nuevas disciplinas que, en cierto modo, obligaban a reconsiderar los diferentes campos del saber: psicoanálisis, sociología, teoría de la comunicación, lingüistica y semiologia, la discusión que se abre en el marxismo.

Un caso particularmente interesante por su "descendencia», aunque ajeno, en cierta medida, a lo hasta aquí señalado, es el de Primera Plana (1962-1969). Esta publicación, si bien afín al proyecto político de los «azules» del Ejército argentino y dirigida hacia un público de nivel medio y alto, inicia una manera novedosa de crear gustos, formar opiniones e introducir nuevos modelos culturales, con una estrategia discursiva en la que periodismo y fícción de algún modo se fusionan, es decir, donde el pacto de «verdad» que el discurso periodístico propone al lector se ve agilizado mediante un trabajo literario (ficcional). En sentido estricto, Primera Plana es una «revista de actualidad», que dedica una buena cantidad de páginas a los fenómenos culturales; sus modos de titular, sus epígrafes informales, las perspectivas de narración de muchas de sus crónicas, etc., conforman un paradigma destinado a impactar fuertemente en diarios y revistas futuras (desde La Opinión a, más recientemente, El Porteño y Página 12$)^{4}$.

Planteado este campo problemático, podría determinarse un arco que se abre a comienzos de los 60 y, en el medio de una creciente politización, se cierra hacia mediados de los 70 . En este arco, el cordobazo de mayo de 1969 -que marca el fin del onganiato y el inicio de un período de grandes luchas obreras, estudiantiles y populares- abona la discusión sobre gobierno popular, transformación revolucionaria y socialismo; clasismo y populismo; insurrección, elecciones y vía armada.

Esta serie de elementos constituye el «piso" sobre el que se desarrolla la discusión en torno a cultura e intelectuales a principios de los 70 . Un debate que, en cierto sentido, comienza a ser clausurado con las elecciones que llevan en 1973 a Héctor J. Cámpora a la presidencia, la ola represiva que se desata a fines de 1974 y alcanza otras dimensiones con la dictadura militar que se instala en marzo de 1976.
En ese lapso surgió una gran cantidad de revistas en todo el país. Este trabajo, obviamente, no pretende ni puede dar cuenta de todas ellas; nos restringiremos al ámbito de las revistas nacionales (es decir, aquéllas editadas desde la capital) teniendo en cuenta, sobre todo, a las que, vistas desde hoy, constituyen «modelos emblemáticos» del período. Nuestra lista se reduce esencialmente a dos revistas: Los libros y Crisis. La elección es necesa-
: Para th panorama más completo de las revistas de este periodo, cf. Héctor $R$. Lafleur y Sergio D. Provenzano, Las revistas literarias argentinas (1893-1960), Buenos Aires, ECA, 1962. Hay una segunda edición, corre. gida y aumentada, que se extiende hasta 1967, en Centro Editor de América Latina, 1968.

+ Maite Alvarado y Renata Rocco-Cuzzi, "Primera Plana: el nuewo discurso periodístico de la década del 60 , en Punto de Vista, 22, Buenos Aires, diciembre de 1984.

198
riạmente arbitraria. Quedan en el camino, y en un estudio más extenso habría que articular las nombradas a este contexto de intercambios y debates, no sólo un cúmulo de revistas nacionales sino también europeas y, sobre todo, latinoamericanas, como la ya por entonces clásica revista uruguaya Marcha y las más nuevas y pujantes Casa de las Américas, Mundo Nuevo y El Corno Emplumado, entre otras.

A mediados de 1969 comienza a aparecer la revista Los libros, con la dirección de Héctor Schmucler. Se propuso como una «revista bibliográfica», es decir que fundamentalmente pretendió dar cuenta de todos los libros aparecidos durante el mes; el mayor o menor espacio dedicado a cada uno era proporcional a la importancia que se le otorgaba. Tanto en su concepción como en su diagramación y presentación, Los libros sigue un modelo francés, la Quinzaine des Lettres, revista que había aparecido a comienzos de la década.
Durante sus cuarenta y cuatro números (julio de 1969 a enero-febrero de 1976) Los libros conocerá dos etapas. Es especialmente su segunda época la que nos interesa remarcar. El proyecto de la revista va a tener como lineas maestras una actualización de los discursos teóricos sobre cultura y ciencias sociales (y a partir de ella, el afianzamiento de un núcleo de jóvenes investigadores) y una concepción cultural que tendía a politizar los diferentes sectores de la cultura desde una perspectiva marxista (ligada a la línea política del Partido Comunista Revolucionario, de tendencia maoísta). Este último rasgo es especialmente detectable en sus editoriales (Los libros se pronunciaba continuamente sobre los hechos más significativos de la vida política y social del país) y en los artículos firmados por los miembros de su staff fijo de redacción; lo cual no impedía que por sus páginas circulara otra serie de articulistas, jóvenes o consagrados, cuya relación con la revista era mucho más laxa.
Hacia el año 1975 se produjo un cisma en la revista, provocado por las diferentes posiciones que sus miembros adoptaron frente al gobierno de Isabel Perón. Ricardo Piglia se alejó de Los libros fijando su posición en un texto que la revista reprodujo y al que adjuntó una respuesta. El debate abierto quedó a mitad de camino, ya que con el golpe militar, en marzo de 1976, la revista dejó de aparecer.

El caso de Los libros es especialmente notable porque en ella se trataba de generar una intervención cultural a partir de los lineamientos de un marxismo político que estaba ausente, al menos como cuestión central, de las publicaciones culturales.
En mayo de 1973, en el mismo mes en que Cámpora asume la presidencia, Ilega a los quioscos el número uno de Ideas, Letras, Artes en la Crisis, con la dirección ejecutiva de Federico Vogelius -su mecenas-, la direc-
ción editorial de Eduardo Galeano y la secretaría de redacción de Julia Constenla. Una nota sobre el cuentista Manuel Rojas, un anticipo de Abaddón, el exterminador de Ernesto Sábato, una pequeña (pero fuertemente simbólica de la época) encuesta de opinión sobre El libro de Manuel de Julio Cortázar, tres cuentos del brasileño João Guimarães Rosa, un fragmento de la novela General general del paraguayo Lincoln Silva, un ensayo de David Viñas sobre el teatro nacional, textos de Henry Miller, un reportaje a Ricardo Molinari acompañado de una selección de poemas, una carta de Pablo Neruda, extractos de las definiciones políticas de Juan Domingo Perón recogidas por los cineastas Fernando Solanas y Octavio Gettino para un film documental, la investigación de Heriberto Muraro «La manija, ¿quiénes son los dueños de los medios de comunicación en América Latina?», un análisis-ensayo de Jorge Romero Brest sobre la crisis del museo, una historieta de tinte intelectual de Kalondi, un par de páginas de misceláneas y resurrecciones, un poema inédito de Lenin, una gran cantidad de reproducciones fotográficas (muchas de ellas inéditas) y los emblemáticos retratos de' Hermenegildo Sábat.

Este material constituía el sumario de la primera entrega. Así quedaban planteadas las que serían las líneas vectoras de la revista durante sus cuarenta números, hasta mediados de 1976: la mirada sobre Latinoamérica, tratando de rescatar a escritores y artistas por lo general dejados de lado en las antologias tradicionales, a los que se sumaban los consagrados del boom, más los reportajes y notas panorámicas sobre las novísimas generaciones; reflexiones sobre los diferentes géneros literarios y las demás artes (especialmente la plástica); sesudas indagaciones sobre los medios de comunicación de masas como formas de imposición ideológica y control social, etc. El sesgo explícitamente político, que en ese primer número aparece atenuado, irá cobrando cada vez más fuerza, sobre todo mediante informes de las diferentes experiencias de gobiernos populares y revoluciones -el Perú de Velasco Alvarado, Chile, Portugal, Grecia, etc.- y mediante una forma diferente de hacer política que Crisis hará suya: tomar directamente la palabra de obreros, desocupados, estudiantes, campesinos, marginados, borrando por un minuto el hiato de la intermediación aunque sólo se tratara de una ilusión efímera (una ilusión populista, apuntarían algunos de sus críticos).
Los cuatro años y los cuarenta números de Crisis fueron determinando algunos cambios. A la permanencia de Vogelius y Galeano, se sumaron las presencias de Vicente Zito Lema como director editorial y Anibal Ford como jefe de redacción. Este es el staff del último número de la primera época de la revista, de agosto de 1976. El mensuario permaneció en la calle durante los primeros meses de la dictadura, pero las presiones de censura
y' un mínimo criterio de seguridad de sus editores y colaboradores hicieron que hacia mediados de año la revista cerrara. En uno de sus últimos números, Crisis reseñaba la visita que una serie de escritores, entre ellos Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato y Leonardo Castellani, realizaran al «presidente» Jorge Rafael Videla. El padre Castellani la había hecho para interesarse por la suerte de Haroldo Conti, uno de los escritores desaparecidos cercano a la revista.

Digamos, finalmente, que el conjunto de cambios y transformaciones que traen estas revistas, Crisis especialmente, en realidad forman parte de un reacomodamiento ideológico, formal y temático más amplio, que afecta a casi todas las publicaciones periódicas y del que no escapan ni siquiera los diarios. Basta mencionar el aggiornamento de Clarin, su nuevo barniz populista, la nacionalización que va desde la página de historietas al suplemento "Cultura y Nación" (un nombre que supone toda una definición).
Aunque entre los diarios, el caso más claro de tal modernización es el de La Opinión. El diario de Jacobo Timerman sigue siendo considerado hoy como uno de los modelos de la época, y una gran parte de sus articulistas y redactores se convertirían en el tipo de periodista clave de los 70. Si bien hay en esta afirmación una intencionalidad que pretende opacar otros modelos culturales contemporáneos a La Opinión, no por eso deja de ser cierta la marca que dejó el diario, tanto por su búsqueda de zonas temáticas novedosas como por el modo «novelado» de muchas de sus crónicas, tanto por la original perspectiva de muchos de sus rescates como por la pátina deliberadamente snob que caracterizaba a algunos de sus colaboradores.
Al remozado Clarin y a La Opinión habría que agregar otros dos intentos diarios de menor duración y eficacia, como lo fueron El Mundo y Noticias.
Sabemos que reducir el campo de las propuestas político-culturales a sólo dos revistas es excesivamente pobre. Y no únicamente por la gran cantidad de publicaciones del mismo tipo que quedan al margen. En realidad, para tener un panorama más vivo del conjunto habría que preguntarse por los diferentes espacios sociales y politicos que vehiculizaron propuestas de ese tipo durante la década, desde folletos sindicales a periódicos partidarios (muchos de ellos especificamente dedicados al área «cultural») pasando por una serie de prácticas (cursos, grupos de estudio y reflexión, etc.) que no siempre dejaron testimonios escritos. Del mismo modo, cabría preguntarse por los puntos de contacto y contaminación con las publicaciones que hemos citado principalmente.

El difícil acceso a aquellos materiales (muchos de ellos destruidos o perdidos durante la dictadura) coloca dicha tarea de investigación fuera del alcance de estas limitadas observaciones. Quedan así latentes una serie de interrogantes en cuanto a los productores y consumidores posibles (y tam-
bién sobre el grado de elaboración) de propuestas político-culturales. Si el simple hecho de imaginar el público relativamente masivo o ampliado que alcanzaban publicaciones como Los libros o Crisis suena desde nuestro estrecho presente como algo extraño, con mucha más razón quedan fuera de nuestro análisis los proyectos más específicos o focalizados, como los motorizados por diferentes sectores de activistas o de base para, por ejemplo, un público esencialmente obrero, y sobre cómo habría que redefinir la función «intelectualn teniendo en cuenta tales coordenadas.
Queda, entonces, un hueco que a partir de la fragmentación y la destrucción que impuso la dictadura y de los «olvidos» que, con una política casi complementaria de la anterior, imponen los sectores político-culturales hoy dominantes, resulta muy difícil de llenar.
Algo similar podría decirse de lo ocurrido durante los primeros años de la dictadura, que borró de los medios masivos y los circuitos de acceso a un público amplio cualquier intento que le pareciera mínimamente alternativo o contestatario para su poder. Sin embargo, ya sobre septiembre u octubre de 1976, algunos partidos políticos comenzaban a hacer circular, en forma clandestina, sus materiales. Durante el año siguiente, se sumarían publicaciones de organismos de derechos humanos, reagrupamientos sindicales y estudiantiles. Si bien estos materiales tenían un carácter precario y trataban de cumplir fundamentalmente un papel de denuncia, reorganización y clarificación política, en muchos de ellos lo específicamente cultural tenía también un lugar. Se mantenían algunas viejas prácticas y comenzaban a surgir otras nuevas.
Un ejemplo de esas «novedades» puede encontrarse en los affiches y declaraciones de boicoteo al mundial de fútbol de 1978, Ilevado adelante por organismos de derechos humanos (Madres de Plaza de Mayo y Familiares de Detenidos-Desaparecidos por Razones Políticas) y agrupaciones políticas de izquierda. Las «viejas» prácticas se encontraban en cursos políticos, la edición clandestina y circulación de folletos y libros prohibidos por la dictadura, reuniones de lectura y debate de esos materiales, etc. Que en muchos casos dichas publicaciones no tuvieran la forma prestigiosa del libro, sino la grosera y borrosa marca del mimeógrafo o la fotocopia, la imposibilidad de Ilegar a un público amplio, la reclusión en grupos pequeños, ha impedido en muchos casos que esta actividad de resistencia y reagrupamiento fuera analizada, lo cual, claro, no niega su existencia, y mucho menos el hecho de que haya servido para abrir un cauce de manifestación y lucha aun en los momentos más duros del régimen militar.

Un fenómeno particular de este período lo constituyen las denominadas «revistas subterráneas» (por underground). La aparición de este tipo de revistas tiene una larga data, generalmente vinculada con diversas expresio-
nes juveniles, pero bajo la dictadura, en el lapso que comienza en los años 1978-1979, conocieron un período de esplendor.
Sus productores generalmente pertenecían a los sectores medios -estudiantes secundarios, en menor medida universitarios; filoecologistas, pequeños grupos de poetas y escritores, estudiantes de periodismo, rockeros, militantes politicos, etc.-, las tiradas de sus revistas eran muy limitadas (un par de cientos, aunque algunas lograron crecer bastante), y el público consumidor prácticamente reflejaba - de un modo tan directo como el que permite el contacto personal- los intereses de los productores.
Hacerse la pregunta sobre la acalidad" de esos materiales (se trataba, por lo general, de artículos muy heterogéneos y desiguales) sería realmente inútil. El valor de las mismas radicaba en el simple hecho de su existencia, de servir a miles de jóvenes que se sentían asfixiados en sus posibilidades de realización y de expresión. En algunos casos, las propuestas tuvieron un sesgo más político, debido a su vinculación con los organismos de derechos humanos o-aunque fuera de manera indirecta- partidos políticos. Un espectro de revistas que va de Etcétera o Alsur hasta Kosmos (periodismo alternativol.
Las mejores revistas subtes llegaron a tener una venta en algún caso superior a los mil ejemplares, lo que les permitió un crecimiento tanto en lo atinente a su presentación material como a la calidad de su contenido. Del mismo modo, las publicaciones comenzaron a vincularse y crear coordinadoras mediante las cuales intentaron alimentar cierta hambre cultural a la que la dictadura negaba sustento. Así, por ejemplo, organizaron venta de libros prohibidos y facilitaron la publicación de gran cantidad de poetas y narradores noveles, auspiciaron ciclos teatrales, cinematográficos, musicales; mediante la copia casera difundieron casetes con música comercialmente prohibida (la trova cubana, el nuevo canto uruguayo, etc.). Aunque limitado, construyeron un pequeño mundo alternativo; y cuando éste desapareció muchos de sus habitantes volcaron el oficio aprendido en los territorios más tradicionales de los medios comerciales.
En los últimos años del proceso militar, cuando cierta «apertura» posibilitó que las publicaciones comerciales pudieran hacerse cargo de temas hasta ese entonces vedados al gran público, las revistas subtes comenzaron a desaparecer. Muchas de ellas se dirigieron hacia propuestas políticas más orgánicas o partidarias; otras sufrieron el vaciamiento que significó el «ascenso" de sus editores a las publicaciones de mercado; algunas simplemente se desvanecieron; pocas eligieron seguir un tiempo más.
En 1978 comenzó a salir la revista Punto de Vista, especie de heredera (al menos así lo dejaba entrever su staff) de aquella comentada Los libros. La revista, que no puede despegarse de su función como grupo de estudio
e investigación y de la tarea docente alternativa (es el caso de su directora, Beatriz Sarlo, por ejemplo), trató de conservar o reabrir un espacio de reflexión sobre los vínculos entre literatura, cultura y sociedad. Intentaba llenar, así, con sus obvias limitaciones, una zona que la universidad y los planes de estudio formales preferían obviar.
Punto de Vista se planteaba también como una zona de constante modernización teórica, en lo que hace a la literatura en particular y las ciencias sociales en general, incorporando a la Argentina un conjunto de obras y autores (como el sociólogo francés Pierre Bourdieu, el inglés Raymond Williams, la escuela de Constanza, entre otros) que por su sola presencia resultaban una denuncia de las curricula universitarias.
De la misma época es El Ornitorrinco, dirigida por el escritor Abelardo Castillo, que hereda las virtudes y defectos de su antecesora El Escarabajo de Oro. La visión del compromiso intelectual de clara filiación sartreana llevó a la gente de El Ornitorrinco a combinar discutibles debates entre los exiliados y los que se quedaron con la publicación de solicitadas de las Madres de Plaza de Mayo, cuando ninguna revista cultural se hubiera atrevido a hacerlo.
A medida que nos acercamos a los años 1980-1981, aparecen otras publicaciones. Uno de los proyectos es el llevado adelante por la revista Crear (cooperativa que no se restringía únicamente a la revista), de filiación peronista, que pretendía reinstaurar una zona de reflexión sobre lo nacional y una serie de autores (Leopoldo Marechal era su figura simbólica) que habían desaparecido con la universidad del 73-74 sin dejar una herencia clara.
Medios \& Comunicación intentó refundar un espacio de análisis y debate sobre comunicación, medios masivos y géneros populares. Revistas como Arte Nova y Ulises se encargaron de señalar los intereses de la generación más joven, no sólo en lo referente a la literatura y las definiciones filopolíticas sino también a otras disciplinas. Sitio, sobre las huellas de Literal de la década anterior, apostaba a una discusión específica y restringida, de fuerte sesge psicoanalítico, y vinculada a una literatura «experimental» y de vanguardia, pero con un eclecticismo tal que le permitía reunir a figuras tan disímiles como Ana María Barrenechea, Ramón Alcalde y el poeta Néstor Perlongher.
Un nuevo período de auge para las publicaciones periódicas se vivirá desde mediados de 1982 hasta fines del año siguiente, es decir, en el lapso que va de la débacle militar en la guerra de las Malvinas a las elecciones generales que llevan a la presidencia al radical Raúl Alfonsín. Un símbolo de este período lo constituye la revista Humor, heredera de la desaparecida Satiricón. Con una combinación de historietas y chistes sumamente ácidos vinculados con la coyuntura política, reportajes extensos y notas de investi-
gación y denuncia, Humor se convirtió en un éxito de venta y muchas de sus caricaturas constituyeron los símbolos que parte de la población tomó para expresar su repudio al gobierno militar.
Esa transgresión icónica que había también iniciado un año antes la revista peronista Linea, con fuertes contratapas (pensadas muy publicitariamente en sus efectos) que denunciaban a través de composiciones y caricaturas los negociados y la corrupción del régimen. Hubo también algún otro intento «institucional alternativo», como el de la revista Vigencia, que estaba vinculada al proyecto de un grupo de poder determinado (la Universidad de Belgrano, institución privada) y su política de ediciones, que intentaba acaparar el reavivamiento intelectual y los nuevos autores que comenzaban a aparecer públicamente.
Otra de las revistas importantes que surgió en este período es El Porteño, que comenzó a salir en enero de 1982. Desde lo formal, la publicación se presentó con una novedad impactante: un tamaño bastante más grande al habitual (que más tarde modificó) y con tapas fotográficas que reconocían algunas influencias extranjeras. Desde ese primer número se marcó un perfil que, con algunas modificaciones, se ha ido sosteniendo: los temas políticos que, cada vez más directamente, constituyeron el eje privilegiado, y un lenguaje ajeno a las formalidades y estereotipos del periodismo tradicional. En El Porteño apareció la primera nota sobre SIDA en la Argentina, al mismo tiempo que daba cabida a la nueva ola cultural que carecía de canales de difusión minimamente amplios.
En poco tiempo, El Porteño demostró que esa revista de actualidad y de cultura podía también lograr una circulación masiva sin que ello significara mantener los estilos y temas de los medios tradicionales. Había un público amplio para eso y la revista logró captarlo, e inclusive movilizarlo frente a ataques puntuales (por ejemplo, la bomba que destruyó su redacción luego del número 20 , en el que se investigaba el tema de los niños desaparecidos).
Con los años, se hizo más evidente la tendencia a la investigación política, y los temas de marginalidad (que inicialmente se vinculaban a lo indígena y rural) se desplazaron al ámbito urbano. El staff de la revista refleja también esas rápidas variaciones.
El Porteño también encaró otros intentos editoriales: La Gaceta Porteña, quincenario que no pudo prosperar, y Cerdos y Peces, que inicialmente fue un suplemento para luego independizarse de la revista.
En 1985 el editor y director, Gabriel Levinas, decide abandonar el proyecto. Para evitar el cierre, un conjunto de los colaboradores más cercanos y otros nuevos decidideron fundar la Cooperativa de Periodistas Indeperdientes para mantener una fuente de trabajo y un canal de expresión que
consideraban necesario. Desde el número 47 es esta cooperativa la editora de la revista. Si bien no se advierten grandes cambios en esta nueva etapa, sí se acentúa el interés por la actualidad política.
La cooperativa también encaró proyectos editoriales: a comienzos de 1988 apareció Babel, revista de libros, que editó durante un año, luego del cual pasó a depender de otra editorial. Como la ya nombrada Los libros, Babel nace como una publicación dedicada a reseñar y comentar las novedades editoriales. Mas, a diferencia de aquélla, que realizó prontamente una flexión más política, Babel mantuvo su condición de revista bibliográfica y fue fiel a su consigna «Para no leer a ciegas».
Otro hecho destacable en el recorrido planteado por El Porteño fue la presencia de los periodistas que luego diseñaron y dirigieron el diario Página 12. Este diario manifestó desde su aparición (1987) una peculiaridad: la presencia errática, azarosa, de un suplemento cultural que sólo desde 1990 ha logrado permanencia. Lo interesante de este dato es que Página 12, en la estela de Primera Plana y La Opinión, piensa la cultura distribuida en el cuerpo del diario (en sus páginas de espectáculos, en sus reseñas diarias de eventos musicales, teatrales, comentarios cinematográficos, artículos sobre psicología o ciencia, etc.), desde el cual puede concebir una estrategia más directa -más «periodística»- de asimilar la cultura.

Durante la dictadura militar se había producido una suerte de «frente de hechon entre las diversas revistas culturales. Las muertes, las desapariciones, la censura, la política represiva en su conjunto, obligaron a postergar discusiones; se entablaron lazos de amistad entre líneas ideológicas muy distintas. Si bien cada grupo o revista funcionaba autónomamente, sin que se produjera una rotación indiscriminada de colaboradores, se estructuró un pacto de no agresión entre ellos. Es decir, se postergó un debate que se abriría cada vez con mayor nitidez a partir del conflicto en el Atlántico Sur y, sobre todo, de la llegada a la presidencia de Alfonsin. Esta serie de reacomodamientos se produjo a partir de 1984. El más notorio (y que, en un punto, puede servir como medida de este proceso) fue el de los intelectuales vinculados a la mencionada Punto de Vista que, provenientes de una zona periférica ya detallada, accedieron a cátedras y puestos oficiales, sobre todo en las facultades de humanidades, y a los medios en general, al menos en un primer momento. Este desplazamiento era paralelo a adscripciones políticas concretas: apoyo al gobierno radical, readaptación de los discursos al tono imperante (por ejemplo, ciertas palabras de uso frecuente hasta esos momentos, como «imperialismo», o fórmulas como «clase social», desaparecieron de sus registros), denuncia permanente de la izquierda, acusada de reproducir un discurso "viejo", etc. En resumen, se producía una reestructuración del mercado de becas y puestos oficiales
$y$ de las fundaciones privadas, acceso a la universidad, etc., que exigía gestos politicos acordes.
Durante ese año de 1984, pero sobre todo desde 1985, esta disputa irá tomando formas más claras. Aparecen nuevas revistas, como Pie de Página, Praxis, El Despertador, Mascaró, Cuademos de Cultura (nueva época), La Bizca, el relanzamiento de la segunda y la tercera época de Crisis, Debates; Vuelta Sudamericana, La Ciudad Futura, Fin de siglo. Nuevamente, la discusión cultural volvió a ser fuertemente política. Algunos suplementos culturales, como los de los diarios Tiempo Argentino y La Razón, sirvieron también como caja de resonancias.
Más allá de los términos particulares de este debate cultural, es de interés señalar como una constante característica de estos últimos años el desplazamiento de los discursos generados desde la universidad y desde los mismos sectores culturales (escritores, plásticos, músicos, historiadores, antropólogos, etc.) en beneficio de un discurso estrictamente periodístico. Este fenómeno se acentuó a partir de la llegada a la presidencia de Carlos Menem, y se relaciona también con la característica de la estratificación de las revistas culturales (su creciente especialización en algunos ámbitos, mencionada al comienzo).
En términos del sociólogo español Félix Ortega (y discúlpese lo extenso de la cita): "Es más, los recorridos históricos y la ciencia ponern de relieve su escisión y progresiva apropiación por parte del primero de algunas competencias de la segunda. En efecto, las ciencias se han especializado cada vez más, deviniendo en corpus teóricos esotéricos. Presidida por la racionalidad académica, una parte de la ciencia (sobre todo ciencias sociales y humanidades) se ha vuelto fútil, supeditada en no pocos casos a los requisitos especificos de la promoción y carrera universitaria. De manera que bien por exigencias metodológicas, bien por una cierta clausura endogámica, los saberes cientificos resultan inaccesibles o irrelevantes para públicos amplios. Con ello se quedan limitados en su radio de acción a círculos reducidos, que incluso suelen ser más pequeños que los de la profesión. Una buena muestra de ello nos la proporciona la muerte de las revistas teóricas y de divulgación cultural. Ciertamente no es conveniente hacerse ilusorias (y por ende falsas) nociones acerca del papel que en otro tiempo desempeñaron. Mas lo significativo ahora es que, cuando la alfabetización se ha generalizado y aumentado considerablemente la tasa de alumnos universitarios, estas revistas o han desaparecido o se mantienen lánguidamente, reducidas a tiradas simbólicas. Las que quedan no buscan, tampoco, su difusión entre aquelios estratos que son sus potenciales (y naturales) consumidores, los universitarios. El mundo de las revistas teóricas queda circunscrito a círculos, cuasi familiares, del mundo profesional y académico.

- Para un panorama más compteto de las revistas de este período, cf. José M. Otero, Treinta años de revistas literarias argentinas (1960-1989), introducción a su estudio, Buenos Aires, Catedral al Sur, 1990.

No ejercen, en suma, influencia alguna ni sobre la cultura universitaria ni, aún menos, sobre la opinión pública. Y al ritmo que actualmente se editan libros y otro tipo de papers, previsiblemente acaben por perder la parte de eficacia que vienen conservando en el mundo universitario como medio de construir currículum» ${ }^{6}$.

Es difícil hablar sobre lo que está sucediendo, sobre los remozados suplementos culturales de los diarios Clarín, Página 12 y El Cronista Comercial y sobre revistas que apenas tienen unos pocos números en la calle; a veces, es difícil la simple tarea descriptiva. Tal vez, reflexionar sobre las revistas y las prácticas del período abordado, sobre sus propuestas políticoculturales, su vitalidad, su desconfianza y su enfrentamiento con las instancias de poder, su convicción de que no puede existir un modelo de intelectual abstraído (con el argumento de su compromiso "cultural») de las luchas de otros sectores, sea no sólo una toma de posición sino también una forma de ayudar a su supervivencia y su crecimiento.

## Jorge Warley

${ }^{6}$ Félix Ortega, "Los nueros intelectuales orgánicosn, en El Porteño, 130, Buenos Aires, actubre de 1992, pags. 34.38.


